

POESÍA ENTERA

Eduardo Anguita. Editorial Universitaria, Colección El Poliedro y el mar
Santiago, 1994. 219 págs.

Con la inclusión de diez poemas inéditos, este volumen completa la primera edición de 1971, entregándonos una versión definitiva de la obra poética de Eduardo Anguita (1914-1992). Se inicia así, con este excelente libro, una serie que —rindiendo un homenaje a este autor— promete difundir la “buena poesía” producida en nuestro país. Es de esperar que así ocurra.

Dos estudios pertinentes —el Prólogo de Pedro Lastra y el Post Scriptum de Cristián Warnken— entregan una revisión útil del itinerario poético de Anguita, señalando filiaciones y resistencias, y entregando un panorama abarcador de las obsesiones temáticas y las propuestas estéticas que gravitan en una obra coherente y profunda.

Enmarcada por el rigor racional del ejercicio literario —deudor de la estética de Huidobro— y por la voluntad de transformar la realidad y la conciencia a través de la literatura —propósito compartido por la generación del 38—, la poesía de Anguita se perfila tempranamente gracias a un ideario que da la nota individual a su obra.

El rol constructivo que atribuye a la conciencia, aún cuando acepte las sugerencias del inconsciente, lo aleja ostensiblemente de sus contemporáneos mandragoristas, y cuando descubrimos, a pesar de él, algún sesgo aislado de automatismo, tenemos que convenir en que, en tales casos, la técnica está supeditada a la *elección* de los elementos (discriminación consciente), que privilegia la producción de un sentido, tal como entendía Aragón este tipo de escritura. Del mismo modo, el poeta oficiante, que crea a fin de conocer y que deriva una conducta de lo creado, antagoniza en gran medida con el pequeño-dios creacionista, que se complace en la novedad de su obra. Ocurre entonces que, aunque Anguita participó del espíritu vanguardista, operó una renovación poética con características muy personales; de ahí que el movimiento *David*, que él propuso, no haya trascendido sino en su propia obra.

Que sea posible acceder al conocimiento por medio de la creación no implica querer estatuir una verdad incontestable. Pero, es a través de esta posibilidad que se puede impugnar el conocimiento objetivo, insuflando a la realidad la subjetividad del hombre. Así lo creía Anguita. Es por eso que en sus poemas la persona se constituye como núcleo de toda búsqueda. Como en “Venus en el pudridero” en que el verso /Os contaré, amantes, qué hacéis cuando estáis juntos;/, alentado por un fino sentido del humor, gira, a renglón seguido, hacia la más pura subjetividad: /lo que yo hice y sentí/. Aquí, como en otros poemas en que escudriña buscando las esencias (de la muerte, del tiempo, de la realidad, de la persona), el poeta llega a la naturaleza más íntima del amor, a través de la experiencia individual, sensual: Tú eres aquello. Y yo soy tú./Pero no al mismo tiempo. Por eso entro y salgo.//Eduardoelisa Elisae-duardo/Elisaeduardo Eduardoeli-sa//Se colapsa el vaivén, en qué quedamos,/¿a qué fracción tu-i-yo soy reducido?//E-duardoelisa E-lisaeduardo/Elisaeduardo Eduaroelisa// Si alguien pregunta por mí, respondan:/Salió y no puede entrar. Entró y no sabe salir.

Con esta riqueza expresiva, manifestada en el uso preciso de las palabras y en imágenes que siempre conducen al intelecto hacia una particular vivencia afectiva, la poesía de Anguita se orienta a revertir un conocimiento en que lo ilusorio se instala como una blanda costra que recubre los sentidos, conduciéndolos al equívoco, a las certezas aparentes. Tal es la temática de “El poliedro y el mar”: Cuando el besar del

viento hace saber al labio, ¿sabes tú lo que sabes?/Allí en el vino se reúnen, de tantas partes han venido,/sabor, color, olor y cuántas cosas más:/la suave pesantez, la penumbra hecha llama/se juntan allí en un simple ejemplo.//Pero eso no es el vino.

Poesía inquisitiva, vital, que fundamenta su quehacer vinculándose con una metafísica que brota de una interioridad conmovida por las percepciones de la realidad-irrealidad. Poesía trascendente que establece nexos explícitos —Heráclito, Séneca, Jorge Manrique, Quevedo, Goethe, Hölderlin, T.S. Eliot, la Biblia—, y que ese afianza en claves personales, en estructuras que se vuelcan según sus necesidades temáticas.

Anguita, poeta de la experiencia, revela también una religiosidad donde la fe es vida y no dogma: Agrandas lo secreto/Paloma velos sin márgenes de olvido/Río profundo que arrastras a lo íntimo (Misa Breve).

Por la amplitud y la profundidad de su obra, por su lenguaje limpio y epifánico, Anguita es un poeta que merece ser conocido.

Y reconocido, como uno de los más grandes. Más allá de simplificaciones generacionales o de grupo; comprendiendo, a través de su poesía, su voluntad de definirse individualmente. Ya que, como afirma en su poema Oficio, “el té de los difuntos se bebe lejos”.

VERÓNICA JIMÉNEZ
Taller de crítica literaria.
Consejo Nacional del Libro.